CRÓNICA DE UN DESEO:
RE(IN)SISTENCIA, SUB-VERSIÓN Y RE-ESCRITURA EN
EL MAR DE LAS LENTEJAS DE ANTONIO BENÍTEZ ROJO

POR

JULIA CUERVO HEWITT
The Pennsylvania State University

*en la voluntad de decir....
¿qué está en juego sino el deseo y el poder?*
Michel Foucault

El mar de las lentejas es una crónica contemporánea del Gran Mito de América, su historia, en la que se recuentan cuatro momentos claves de los primeros cien años de conquista y colonización española en el Nuevo Mundo. El recuento, en esta novela de Antonio Benítez Rojo, altera la secuencia cronológica de los hechos históricos para alternar episodios de sucesos diferentes cuya unidad se articula por medio de las propias rupturas, saltos y coincidencias fortuitas que impulsan los hechos. Con el desordenamiento cronológico como técnica narrativa, la novela se permite la creación de una nueva (sub)versión histórica en la que se entabla un complejo diálogo entre el presente del narrador y el pasado narrado. Es un diálogo entre textos que remite a otro diálogo implícito en el que se dismantela la autori(ci)dad del discurso histórico. El texto de Antonio Benítez Rojo es un juego de azar manipulado a través de fragmentaciones, polifonía, postergamientos y desplazamientos con el que se reconstruye la infraestructura caótica e irracional del "Poder", en América. Un "Poder" cuyos cimientos son los deseos insatisfechos, la lujuria y la codicia que penetraron insidiosamente desde un principio en la historia del Caribe y que, desde entonces, ha formulado la economía política de la experiencia hispanoamericana. *El mar de las lentejas* es también un diálogo entre textos y épocas que un escritor-amanuense manipula, parafraseando, imaginando y entrelazando documentos con el fin de que sea la propia historia, en la pluma del ficcionista, la que escriba la ficción.¹ A través de la re-escritura, la novela de Antonio Benítez Rojo se reapropia del pasado con el fin de elucidar un presente; y altera el punto de vista de los textos originales para darle a los hechos recountados una nueva visión alegórica de un momento contemporáneo al de su escritura. *El mar de las lentejas* es el recuento de la Gran Historia y es, a la vez, una alegoría de su propia escritura. Visto desde esta perspectiva, la historia novelada en *El mar de las lentejas* es una crónica, alegorizada con su propia historia, de un presente implícito que el texto ingeniosamente calla.

¹ Para la relación entre historia y ficción en esta novela, ver el interesante trabajo de David Bost, "History Writing Fiction: Rediscovering America in *El mar de las lentejas*", 32.

La novela comienza con la imagen moribunda del soberano Felipe II en 1595: el rey más poderoso en la historia de España por cuyos pensamientos, en su lecho de muerte, desfila la historia de su imperio y la muerte de su poder absoluto en América con la derrota de la Armada Invencible.² Dando marcha atrás a todo un siglo, el segundo capítulo de la novela traslada al lector al segundo viaje de Colón en 1495 y a los hechos tumultuosos de la conquista y colonización de la Española, a través del único personaje totalmente ficticio de la novela que el narrador llama Antón Baptista y que aparece insertado en la reproducción, en la novela, del texto de la carta-relación que el físico sevillano Álvarez Chanca escribe a los reyes católicos.³ Entre la muerte de Felipe II y la llegada al Caribe de Antón Baptista, la novela alterna otros dos episodios: la conquista de la Florida por Pedro Menéndez de

² En la novela se aprovechan, a veces casi íntegras, fragmentos de la correspondencia de los Fugger. Una lectura apresurada de los títulos de la traducción del alemán que se ha hecho de esta correspondencia, es suficiente para obtener la sensación caleidoscópica, deficiente y fragmentada que se tenía en la época de los hechos históricos. En *The Fuggers New-Letters*, 1926 [facsímil de 1970], se lee: "The Armada has joined the Prince of Parma" 165; "Perhaps the Armada will not sail" 165; "The Armada has been destroyed in a Storm" 165; "It has sailed home because of Plague" 166; "Anxiety to hear of the Success of the Armada" 166; "The Pope must raise money for Spain" 168; "Armada beaten, English in pursuit" 169; "The Armada back at Corunna. No great damage" 169; "Wholesale Destruction in the North Sea" 170; "The Pope regrets the Armada is back at Corunna" 173; "Philip II's Gout is much worse" 174; "No Papal Favours till the Armada Succeeds" 174; "No Audiences at the Escorial" 174; "Rome hears the Armada has beaten the English" 174; "Prague rejoices over the Success of the Armada" 175; "Prague gives details of the Spanish Victory" 175. Para más detalles sobre la correspondencia de los Fugger, ver Matthews, Ehrenberg.

³ La paráfrasis y copia del original se justifica en la novela porque ésta no pretende ser la carta, sino lo imaginado por Chanca antes de escribirla. La utilización del documento en la novela se dirige, no al documento en sí, sino al proceso de imaginación que lo precede. Así se lee en la novela: "Y mentira pareció a muchos volver a pisar tierra, al menos la playuela de arena gorda que el Almirante escogiera para el acto de tomar posesión, en nombre de Sus Altezas, de aquellas islas remotas, crecidas de las olas como perlas verdes. El físico sevillano, a medida que entraba el toldo de frondar, redactaba con la imaginación las frases de la carta que se propusiera enviar a la corte en la primera nave de vuelta, y había tanta espesura de arboledas que era maravilla, y tanta diferencia de árboles no conocidos a nadie que era para espantar, dellos con frutos, dellos con flor; allí había frutas salvaginas de diferentes maneras, de las cuales *algunos no muy sabios probaban, y solamente tocándolas con las lenguas se les hinchaban las caras, y les venía tan grande ardor y dolor que parecía que rabiaban, y esto sucedióle a un Antón Babiasta, soldado de Aragón, que iba conmigo, y le remedió con agua fresca.* En esa isla no hallamos gente ni señal della, creímos que era des poblada, y estuvimos bien dos horas, porque cuando allí llegamos era sobre tarde, y luego otro día de mañana partimos para otra isla que parecía en bajo desta que era muy grande, fasta la cual habría siete u ocho leguas y llamóla el Almirante por buen nombre Santa María de Guadalupe, de la cual virgen era muy devoto. Llegamos a ella hacia la parte de una gran montaña que parecía quería llegar al cielo," (85-86) [el énfasis es mío]. La carta de Chanca, por supuesto, no menciona a ningún soldado de nombre Antón Babiasta y se lee así: "... descendió el Almirante é mucha gente con él con la bandera Real en les manos, adonde tomó posesión por sus Altezas en forma de derecho. En esta isla había tanta espesura de arboledas que era maravilla, é tanta diferencia de árboles no conocidos á nadie que era para espantar, dellos con fruto, dellos con flor, ansí que todo era verde. Allí hallamos un arbol, cuya hoja tenia el más fino olor de clavos nunca ví, y era como laurel, salvo que no era ansi grande; yo ansí pienso que era laurel su

Avilés, (con detalles de la destrucción de los franceses y la masacre a sangre fría de los hugonotes en la Florida en 1565),⁴ y las alianzas mercantiles y económicas de la familia Ponte en Canarias con el inglés John Hawkins,⁵ con quien llega al Caribe, en 1562, un mercadeo de esclavos muy lucrativo para Inglaterra.

La novela de Benítez Rojo se ciñe a una serie de hechos documentados mientras que el proceso de recontar reconstruye los vericuetos de la imaginación que manipulan tanto los hechos históricos como la interpretación y documentación de esos hechos. La Gran Historia surge, detrás del discurso épico que la oculta, como un azaroso desplazamiento de una palabra por otra, como un encadenamiento sádico de errores y como un complejo proceso de encubrir, con la palabra, la realidad descubierta. El juego del texto en torno al concepto “historia” aparece ya anunciado a manera de prólogo en su propio título “El mar de las lentejas” —con el que se remite al lector a la equivocación fonética entre “Antille” (Antilla) y “Lentille” (lenteja) que comete el cosmógrafo francés Guillaume le Testu (Pont 8) en el primer mapa de la zona del Caribe en el que esta región aparece por primera vez con otro nombre que no fuera Mar del Norte.⁶ La equivocación rememora, en pleno siglo XX, el papel que ha jugado el error en el acto de nombrar (identificar) al Nuevo Mundo con el vocablo América⁷ y a sus habitantes con el de “indios”. Es en ese nombrar de las erradas

especia. Allí había frutas salvaginas de diferentes maneras, de las cuales *algunos no muy sabios probaban, y del gusto solamente tocándoles con las lenguas se les hinchaban las caras, y les venia tan grande ardor y dolor que parecian que rabiaban, los cuales se remediaban con cosas frias*. En esta isla no hallamos gente nin señal della, creimos que era desboblada, en la cual estovimos bien dos horas, porque cuando allí llegamos era sobre tarde, é luego otro día de mañana partimos para otra isla que parescia en bajo desta que era muy grande, fasta la cual desta que habria siete ú ocho leguas, llegamos á ella hacia la parte de una gran montaña que parecia que queria llegar al cielo, ...”, La carta del Doctor Chanca, *Letters of Christopher Columbus*, 23.

⁴ Benítez Rojo se mantiene siempre fiel a los datos históricos en torno a la conquista de la Florida; ver, Lyon.

⁵ En la novela John Hawkins se enamora de Inés, hija de Pedro Ponte, y es por motivo de esa relación que se entabla el contrato comercial de esclavos entre ambos. Con la figura ficcionalizada de Inés, Benítez Rojo penetra un espacio indocumentable de la historia que el escritor amplía imaginativamente manteniéndose sin embargo fiel a los documentos. John Hawkins, según encontramos en Sir Clements R. Markham, viajó a las islas Canarias en su juventud y allí fue donde se informó acerca del mercado lucrativo que existía en las Indias; allí supo que en Santo Domingo había una gran demanda de esclavos y que éstos podían obtenerse en las costas africanas de Guinea. Al hacer su viaje al Caribe en 1562, Hawkins tenía unos 30 años y ya estaba casado con Katharine Gonson (Kate en la novela), hija del Tesorero de la Marina inglesa, iii.

⁶ Entrevista con Antonio Benítez Rojo, 1987.

⁷ Carlos Sanz en *El nombre América. Libros y mapas que lo impusieron*, muestra como la imposición de América, como nombre derivado de Americo Vesputio para las tierras recién descubiertas, deviene de un mapa de 1507 en el que se utiliza, “para denominar la parte sur del Nuevo Mundo, la expresión ‘Terra América’” (41); Sanz hace varios comentarios que corroboran esa interpretación del azar en la historia que ofrece la novela de Benítez Rojo; dice Sanz: “Podríamos concluir ... que la aceptación popular del nombre de América se debe, a un par de éxitos de propaganda que surgieron al calor de la ansiedad que la multitud había de sentir por descifrar aquel misterio que la expresión ‘Mundus Novus’ o Nuevo Mundo evocaba, en unas mentalidades cristianas, que trascienden siempre el valor de las cosas hacia regiones de vida sobrenatural” (93); “el nombre de América figura por primera vez

“Indias”, como en el equivocado “Mar de las Lentejas”, que en la novela de Benítez Rojo se evidencia un constante juego de desplazamientos y de cancelamientos de un discurso por otro. El error y la manipulación rememoran también el largo proceso administrativo de los primeros cien años de colonización española; e insinúa un presente ambiguo que se refleja en el pasado novelado de un siglo XVI, en América, en el que se articulan dos discursos simultáneos y diferentes: uno que legitima, con la religión, la presencia de España en el Nuevo Mundo, y otro que cancela el primero con órdenes oficiales expresas en las que se articulan el puro deseo de la Corona de ganar absoluto control político y económico sobre las tierras conquistadas. En la novela de Benítez Rojo, las órdenes, cédulas y documentos coloniales llenan los vacíos que va dejando el texto de la novela con el fin de crear un complejo diálogo entre el documento histórico y la ficción.

A través de las correspondencias y analogías con las que juega el texto, la novela articula un diálogo implícito entre amo y sirviente, el primero, en la figura moribunda de Felipe II y, el segundo, en su antítesis, Antón Baptista, un soldado a pie con el que se personifican las primeras polémicas en torno al Poder en la historia de la política española en el Caribe. El historiador dominicano Moya Pons explica la dinámia interna de esa política a principios del siglo XVI: “La Corona tenía sus planes y ellos consistían en hacer de esta isla [La Española] un centro de aprovisionamiento y escala que facilitara la labor de exploración y conquista suministrando apoyo logístico a toda empresa de las Indias” (32). Despojado Colón de todos sus derechos sobre las nuevas tierras, comenzaron las polémicas sobre las encomiendas y reparticiones, con órdenes y contraórdenes de la Corona. “Las instrucciones de Granada de 1501 sobre la necesidad de cristianizar a los indios” y “las medidas que junto con ellas se sugerían, poseían una finalidad que escapó aún de la percepción de un hombre tan avispado como [Bartolomé de] Las Casas” (48). Por ejemplo, de acuerdo con las ordenanzas del Rey, los indios eran vasallos libres y, por lo tanto, vivirían en sus poblados bajo el mando de sus propios caciques pero trabajarían en las minas para favor y beneficio de la Corona. Éstos podían ser utilizados también por los vecinos españoles que independientemente podían contratarlos para sus trabajos. Según la orden del rey,

.... para aber mas provecho del dicho oro, convenia que los christianos questán en las dichas Indias se sirviesen en esto, de los mismos yndios Mandamos al dicho Nuestro Gobernador e a los dichos oficiales quellos vean la forma en que se daba therner en lo susodicho, e quales los que mas conviene a Nuestro servicio porque los dichos yndios an destar a Nuestro cargo⁸

A la misma vez, la Corona dictó otro documento exclusivamente al Gobernador Ovando, que éste pondría en efecto en secreto:

en un mapa de dimensiones monumentales, o sea dispuesto para su exhibición permanente”(93) “[...] su definitiva imposición como nombre universalizado fue debida a un lento proceso cartográfico y bibliográfico influenciado sólo a última hora por las vicisitudes políticas ...”(233).

⁸ Instrucciones Públicas, D.I.I. XXXI, páginas 171-173, en Moya Pons, 49.

... que solamente lo sepais vos (Ovando) e non otras personas, sobre las cosas siguientes
..... trabaxad que algunas de las poblaciones de los yndios se fagan cerca de las dichas
minas donde se falla el oro, porque faya logar de se coger más.⁹

Durante el gobierno de Ovando y, después, el de Diego Colón, continuaron las ambiguas órdenes de repartimiento, intensificadas aun más a la muerte de la reina Isabel.¹⁰ Las trifulcas entre los seguidores de un partido y otro, y el lento despojo de los herederos de Colón de sus derechos, creó un constante flujo y reflujo de órdenes y contraórdenes con las que se les quitaban indios a unos para dárselos a otros. En ese proceso, los primeros colonizadores y todos los vecinos de capas sociales bajas fueron despojados de sus indios. Para 1515 la sociedad de la Española quedaba ya totalmente definida a favor de la Corona con los indios y los españoles descalzos sometidos a una minoría aristocrática que comenzaba a prevalecer en la isla.

Ante el proceso de solidificación de la sociedad colonial, a cuya jerarquía se añadía por debajo de las clases más inferiores a los indígenas conquistados, el domingo antes de la Navidad de 1511, el fraile Antón de Montesino (Frey Anthonio Montesino) lanzó un ataque desde el púlpito contra el abuso que los indios sufrían a mano de los españoles. Una semana más tarde, a pesar de la fuerte coerción oficial que se hizo para que revocara sus acusaciones, Montesino hizo una denuncia aun más acérrima que la anterior. A partir de este momento comenzó un discurso defensor que más tarde dirigiría el Padre Bartolomé de las Casas hasta bien entrado el siglo. La realidad era, señala Moya Pons, que dado el mecanismo administrativo que ya operaba en las colonias, aunque se escribieran leyes (como se hizo) y se “promulgaran otras tantas cédulas que aparentemente protegían a los indios de la Española de las durezas de los trabajos mineros, había, por otra parte, otras tantas cédulas y leyes que permitían anular en la práctica esas disposiciones ...” (Pons 136). La política de la Corona había siempre corrido pareja con las necesidades y urgencias de una pequeña aristocracia colonial que seguía los patrones de castas existentes en España. Por eso, para transplantar las instituciones y los valores sociales el rey dispuso que aquéllos que antes de ir a las Indias solían ganarse la vida por sus manos, se les obligara, allá, a trabajar como correspondía a su clase (Pons 110). Igual se les prohibió que pudieran comprar ni vestir sedas ni ropas brocadas o bordadas, al no ser que fuera gente “de honra”, es decir, nobles.¹¹

Durante su corto gobierno en la isla, Diego Colón quería mantener, por un lado, el apoyo de amigos y familiares, pero, a la vez, se sentía confundido por las órdenes del rey

⁹ Instrucciones secretas, D.I.I., XXXI, página 176, en Moya Pons, 50.

¹⁰ Por ejemplo, según se lee en la Real Cédula 1509, el rey Fernando, para aminorar las discrepancias entre los dos discursos oficiales, le ordenó a Diego Colón que repartiera los indios que antes se había ordenado no repartir, excepto que, en vez de llamarse esclavos, ordenaba que se les llamara *nabohías* [voz indígena que llevaba el mismo significado que esclavo, pero que en español no estaba cargada de connotaciones negativas], Moya Pons, 91.

¹¹ “Real Cédula al Almirante don Diego prohibiendo el excesivo gasto de seda y brocado en las Indias”, Valladolid, 12 de noviembre de 1509, D.I.U., V, 166-171, en Pons, 111; Doña María, la esposa del Almirante fue exceptuada especialmente: cf. “Cédula para que pueda traer seda y oro la mujer del Almirante, y la mula en que anda”, ed. Chacón y Calvo, *Cedulario*, páginas 229-230, en Moya Pons, 111.

sobre las reparticiones.¹² Por ejemplo, Colón, por orden del rey, presionó a “los vecinos de la colonia [a que] se casaran, amenazándoles con quitarles los indios si no lo hacían, o prometiéndoles más indios si lo hacían” (Pons 99). Pero el favoritismo oficial del rey y del gobernador para los casados, contradecía las propias órdenes de la Corona de “despojar de sus indios a todos aquellos que se hubieran casado con mujeres [indígenas] de la Isla” (Pons, 88), a pesar de que, en la colonia, las mujeres blancas casaderas escaseaban.

Vapuleado por este ambiente de órdenes y contraórdenes que llegaban de España a las Antillas, en *El mar de las lentejas* Antón Baptista sobrevive picarescamente las trifulcas de ese poder que primero lo seduce y después lo destruye. Antón es la imagen opuesta de Antonio de Montesino. Es un “babieca” (82), un soldado a pie como los muchos que llegaron a América movidos por las circunstancias, la necesidad y la codicia. Antón es un “papanatas” (82) que juega a ser rey entre aquellos indígenas que se dejaban maniatar para prevenir “una desgracia”, “un huracán” (193), sin darse cuenta que ya un Gran Vendaval histórico estaba azotando la isla. En *El mar de las lentejas* Antón es tanto víctima como victimario, opresor como oprimido. Antón es personificación del Otro que dominan los textos fundadores de América pero es también un alter-ego del escritor amanuense, y es un rey fantoche que se comporta tal y cual las descripciones que hace Bartolomé de las Casas de los españoles que en el interior se hacían servir de los indios¹³ y tenían “las mujeres que quería[n] tomadas por fuerza o por grado de sus maridos” (libro I, cap. CXLVII). Estos españoles, según observa las Casas y según ejemplifica Antón en la novela de Antonio Benítez Rojo, por las extravagancias de su inferioridad social, “Ya no curaban de andar a pie camino alguno [sino] a cuestras de los hombros de los desventurados (si iban de prisa) o como en literas, metidos en hamacas, si iban despacio” (libro II, cap I, en Pons, 38). Antón imita malamente la política social de la jerarquía española a la que no pertenece pero desea pertenecer haciéndose llevar y traer cargado sobre “una hamaca tejida con primor a manera de red; descalzo, sudoroso y mugriento, vestido con una andrajosa camisa abanicándose con un manojó de plumas de garza”, precedido por un “hombre desnudo” a quien Antón ha hecho pasar “suplicio, pues no tiene oreja, ni nariz, ni labios ...” (20), por haberlo sorprendido con Doña Antonia,¹⁴ la hija que Antón le había robado al cacique

¹² En la sociedad de la Española, la presencia de Diego Colón, nacido plebeyo y elevado por circunstancias del azar a la nobleza, ponía en peligro la vieja jerarquía social que se transplantaba al Nuevo Mundo. Por eso, desde su llegada a la Española, Diego Colón venía marcado por el símbolo engorroso para la Corona de un plebeyo elevado a noble, lo cual, desde un principio, limitaba ya ante los reyes su autoridad en la isla. A esto se añadía que Diego Colón estaba presionando a la Corona para que le devolviera los derechos prometidos a su padre como Almirante de todas las tierras conquistadas, derechos que la Corona nunca pensó restaurar porque habría puesto en peligro la autoridad absoluta del rey.

¹³ *Historia de las Indias*, libro I, cap. C.

¹⁴ Según registran otros textos, Doña Antonia era una princesa indígena, que un cacique, su hermano, le ofreció a Menéndez de Avilés. En el cuento épico de Elaine Murray Stone, *Pedro Menéndez de Avilés and the Founding of St. Augustine*, el héroe español no puede casarse con la joven porque ya es casado, pero igual se la lleva a La Habana con el objetivo de educarla en la fe cristiana y con la promesa de devolverla a su tribu dentro de un año, 105.

Behechio. Antón es también el padre del primer mestizo, simbólicamente también el primer huérfano, hijo de una niña indígena que muere de parto a quien el babarroja español había violado entre las cañas de un río.

Las coincidencias de los hechos novelados y el vapuleo político característicos de la época determinan las acciones de un Antón Baptista motivado por la codicia y la lujuria, víctima a su vez de la codicia y lujuria de otros, e insertado en una realidad americana que sobrepasa su entendimiento. Antón es manipulado tanto por la historia como por el novelista historiador. Por ejemplo, Antón llega a un bohío precisamente en el momento en que muere de parto una niña a quien éste había violado meses antes. Antón reconoce al niño como suyo y, vacilante, se lo lleva al río como si fuera un pedazo de pan bajo el brazo y allí lo bautiza él mismo.¹⁵ Después, se amanceba con una india a quien separa de su marido para que amamante al niño. A su hijo, Antón le pone el nombre de Miguel, y a la indígena, la madre postiza que desplaza a la madre muerta, Antón le da el nombre de doña Antonia. Más tarde, cuando Roldán se rebela contra Cristóbal Colón, Antón es seducido por las promesas del rebelde y abandona a Antonia y al niño para, después, aún fantaseándose soberano, regresar a la aldea del cacique Behechio,¹⁶ imponer su presencia devastadora y tomar como mujer a la hija del cacique, a quien también llama Doña Antonia. La aldea de Behechio se suicida en masa,¹⁷ excepto Doña Antonia por miedo a que éste la siguiera a la otra vida; Antón se marcha a Santo Domingo, se casa con doña Antonia para complacer a las autoridades, pero acaba estrangulándola con la “tira de algodón que llevaba a modo de tiara” (271) al oír que, por decreto de la Corona, los españoles casados con indias perderían sus propiedades.

En su función de opresor oprimido, o de burlador burlado, lo que parece subrayarse en torno a la figura de Antón es que éste, además de ser el prototipo del soldado a pie que describe las Casas en su *Historia de las Indias*, es, también, víctima del propio discurso del poder que lo seduce y que lo embarca (y embauca) en el segundo viaje de Colón al Nuevo Mundo. Para Antón, su Otro, aquél y aquello que le ofrecía una diferencia en su vida de “babieca”, era la mujer-isl(eña) que se le presentaba como una fuente de placer y de poder. De hecho, había sido por doña Antonia que el cacique Behechio le había tolerado a Antón sus imposiciones y demandas. Pero, si por un lado Antón es la personificación del elemento español que destruye mujer y tierra en las Indias, también es la isla-mujer (las Indias) la que, al final, destruye al destructor.

El desdoblamiento repetitivo en la novela de Antonio en Antón/Antonia, sugiere un juego polisémico de discursos que se entrelazan y que proponen una lectura alegórica de otros discursos que se omiten. Instancia de este juego es la evocación en el nombre Antón

¹⁵ Aquí, el personaje de Antón Baptista coincide con la figura de Hernando d'Escalante Fontaneda, un marinero borracho que Menéndez de Avilés recoge en España y devuelve a la Florida porque allí había vivido con una india con la que había tenido dos hijas que él mismo había bautizado por falta de un clérigo (Stone, 19). Menéndez de Avilés parece haber obtenido información sobre la Florida de este marinero. En la novela, sin embargo, Antón nunca sale de la Española.

¹⁶ Única y última región que quedaba en la Española donde todavía existía un modo de vida tradicional entre los indígenas.

¹⁷ Según el Padre las Casas, cuando la opresión española se les hacía intolerable, los taínos acostumbraban a suicidarse a veces en masa tomando jugo de *yuca* venenosa, en Moya Pons, 64.

de San Antonio, patrono de los viajeros en el santoral católico: imagen doble en América que, por un lado está vinculada a la idea de salvación (resguardo de todo mal) y, por otro, a la del Santo Oficio cuya represión inquisitorial dominó el pensamiento español en América durante los siglos XVI-XVII, y cuya batalla contra los herejes justificaba la esclavitud y el castigo de los indígenas. El propio Antón a veces confundía su identidad con aquella que inspiraba su nombre: “con aquellos visajes llenos de parsimonia y latines pescados al tuntún en oraciones y salomas”, parecía “un apóstol en alpargatas, un catequista de manicomio, un santón enloquecido que predicara al vacío”. En esos momentos, Antón sentía que se elevaba por encima de sus pecados y cumplía “la recomendación del Almirante, pues llegaba a creerse investido de celo para ganar el alma pobrecita” (191) de aquel indito pasado por suplicio, Mayael, cuyo nombre a Antón le sonaba a Miguel, y a quien llamaba por equivocación Miguelillo (190).

Alegórico del trastrueque de un nombre por otro que sirve de eje conceptual a la historia novelada, Antón, al bautizar a su hijo mestizo, le pone el nombre de Miguel —coincidiendo con el de aquel Mayael a quien él llamara por error Miguelillo. Corroborándose de nuevo el juego textual de desplazamientos, el hijo, representante del exceso cultural del encuentro entre dos mundos diferentes, suplanta y desplaza, por la repetición de un nombre equivocado, a la figura del indito sacrificado. Y es Miguel, el hijo, el que desplaza a Miguelillo para, al final de la novela, llevar a cabo la venganza que en un principio correspondía al primero, al indio conquistado. La venganza de Mayael-Miguelillo-Miguel se pospone hasta el final de la novela cuando, en el penúltimo capítulo, que en la novela le sigue a la muerte del rey Felipe II un siglo después, un niño mestizo de ojos verdes, y jefe de un grupo de indios alzados, mata al barbarroja (padre) español.

En la repetición del nombre Antonio/Antón/Antonia se funde y confunde la presencia silenciosa del Otro, el dominado, en la figura colectiva de la mujer violada, ultrajada y asesinada: Antonia. Inmediatamente, y contiguo a la presencia de la india doña Antonia en las Indias conquistadas, con el nombre de Antón (Antonio) se alegoriza el impacto que en la historia del Caribe hubo de tener el discurso lascasiano y cuyo origen se puede trazar a Antón (Frey Anthonio) Montesino. En ese discurso, que en la novela oscila entre el de la víctima y el victimario, se articula, por la repetición de un mismo nombre, la presencia implícita de un escritor, también lector, amanuence y copista del pasado, que re-escribe la historia, su historia, desde una perspectiva presente, vinculando el discurso del poder en el siglo XVI con el discurso del Poder en el siglo XX, como si todo el historiar de la novela fuera, en su conjunto, otro signo equivocado más que sustituyera y desplazara una historia con otra.¹⁸

¹⁸ Existe la coincidencia de que la novela de Benítez Rojo se escribió a raíz de la muerte de Franco, y que el dictador en la novela de Francisco Ayala, Antón Bocanegra, en *Muertes de perro*, también coincide con la figura de este dictador español. Pero Antón también era un nombre muy común en la época, como apodo para Antonio. Antón es una verdadera madeja histórica y literaria a la que se le podría incluir un lejano eco de la filosofía de la historia de Giambattista Vico. No he querido entrelazar esta filosofía al texto de este ensayo, aunque en el nombre de *Baptista* parece haber un eco de *Giambattista*. Es importante observar, aunque sea sólo a modo de paréntesis, que para Vico (1668-1744) el salvaje era un ser auténtico y completo pero degradado, que la injusticia se podía explicar en parte por la debilidad humana, y que el período histórico, aun en naciones desarrolladas, está lleno

En *El mar de las lentejas* la historia de Europa en América, vista ahora retrospectivamente a través del recuento laborioso y parricida del historiador ficcionista, es una amarga reflexión sobre el discurso del poder en todos los tiempos. “Las gentes no son ni buenas ni malas”, observa el propio Benítez Rojo. Por eso, los personajes en la novela, “funcionan dentro de un marco histórico movidos por distintos deseos [...] la historia está hecha de deseos insatisfechos, de equivocaciones, de un nombre por otro [...] de miedos y de ambiciones”.¹⁹

No es un juego gratuito del texto que el recuento novelado de *El mar de las lentejas* comience con el último hecho histórico de un período, la muerte de Felipe II, el rey que para “España ha significado demasiadas veces el paradigma del poderío económico, político y mundial” (Cebriá 5). Y que esa muerte quede anunciada por la primera palabra que abre la novela: “Anochece” (13). Con la imagen sucinta de un anochecer sobre San Lorenzo del Escorial, en un reino en el que, se decía, nunca se ponía el sol, la novela anuncia, alegóricamente, la muerte de una época imperial, y el final de un siglo tras el cual, como ha observado el propio Benítez Rojo, “España se precipita a una crisis económico social, de la cual no va a salir hasta que venga Felipe V en el siglo XVIII”.²⁰ Con la acción novelada en un presente narrativo, ese “Anochece”, con el que comienza la novela, desplaza la narración hacia el final cronológico de un siglo para “ensombrecer”, desde el principio de la narración, la autoridad del Rey, y anunciar un implícito “amanecer”, en América. Es un amanecer alegórico que coincide con la muerte del Rey, porque, aunque la crisis y decadencia que caen sobre España con la muerte de Felipe II se hacen sentir en las colonias, “el XVII (Henríquez Ureña 143) es el siglo en que la vida colonial se asienta y adquiere aire definido de autoctonía; la inercia de la Metrópolis los liberta”. Asimismo, con la imagen de un “anochecer” como punto de partida, la novela advierte desde un principio que el recontar histórico en *El mar de las lentejas* es un descontar del discurso epopéyico de la Conquista de América, y un desmantelar de todo discurso que legitima una autori(cidad absoluta.

El tema principal en *El mar de las lentejas* es la historia, y su protagonista la palabra (logos) que recompone la inter/intra/infra-historia del Caribe a través de cartas, omisiones y fragmentos de la chismología de la época, documentada en informes vengativos, registros y relaciones manipuladas por intereses particulares, como son, la correspondencia de los Fugger, o los documentos en torno a la vida de los Hawkins, los Ponte, de Pedro Menéndez

de incongruencias psicológicas, morales, de inverosimilitudes y monstruosidades. Además, y más importante en relación a la novela de Benítez Rojo, es que Vico, en su libro V de *Scienza Nuova*, en “Del retorno de las cosas humanas en el resurgir que llevan a cabo las naciones”, hay un retorno histórico (diferente al que proponen Nietzsche y después Mircea Eliade) con el que se desarrolla el curso de la historia, en un ritmo entre la “barbarie del sentido” y la “barbarie de la razón”, que produce el retorno ¿repetición?, no de los hechos, sino de la forma, o sea la mente de los hombres: una estructura síquica, o una forma de pensar. En este sentido, se podría argüir que Felipe II, Franco y las dictaduras en Latinoamérica pasadas y presentes, como todas las dictaduras en general, repiten esa “forma” síquica que parece retornar en diferentes manifestaciones en la historia de los pueblos.

¹⁹ Entrevista con Antonio Benítez Rojo, 1988.

²⁰ Entrevista.

de Avilés, Pedro de Valdés, la carta de Álvarez Chanca y otros. *El mar de las lentejas*, dice Benítez Rojo:

... es una novela que tiene mucho del texto no escrito por mí y que yo fui a buscar con la esperanza de que eso constituyera un origen de la latinoamericanidad, y un origen de mi identidad Pero lo que encontré fueron textos que habían sido escritos con el propósito de dar, no una narración veraz, sino con propósitos partidarios para beneficiar a determinados partidos, o a determinadas personas ... textos movidos por el deseo ... manipulados, en los cuales yo no podía fundar mi identidad Mi propósito inicial fue, repito, el darle a esos textos autoridad, pero luego me di cuenta de que eso era un disparate; y que esa gente confrontaba el mismo problema que estaba confrontando yo; que, en definitiva, lo que ellos estaban escribiendo era lo mismo que estaba escribiendo yo, ... un texto manipulado por mis deseos ...²¹

Es decir, que el proceso doble de re-escritura y re-lectura de los textos históricos que encontramos en la novela de Benítez Rojo sugiere, como ha observado Michel Foucault del texto histórico, que “lo que se encuentra en el comienzo histórico de las cosas, no es la identidad inviolable de sus orígenes; es la disensión” (Foucault, “Nietzsche, ...” 142). “El origen —observa también Foucault— yace en un lugar de inevitable pérdida, el punto donde la verdad de las cosas corresponde a la verdad del discurso, o sea, a la fidelidad de sus propios elementos; el lugar de la articulación fugaz que el discurso, una red de reglas, códigos e interpretaciones, ha oscurecido y finalmente perdido” (Foucault, *El orden* ... 143).

A la luz de las palabras de Michel Foucault, el comentario de Benítez Rojo sugiere una lectura de su propio texto en la que se propone un discurso doble cuyo objetivo es desplazar un discurso por otro. Y en el que se establece que el deseo que manipula los hechos en la historia, asimismo como el discurso histórico que interpreta esos hechos, es el mismo juego discursivo del deseo que mueve la re-escritura de la novela. Ese juego es el deseo de poseer y cancelar el discurso del Otro porque ese discurso de autori(cia)dad y de poder es el que oculta, con “la verdad”, la intra-historia de los pueblos, enmascarándola con esa Gran Historia con la que en el siglo XVI, como en el presente, repetitivamente se ha legitimizado la violencia y la opresión. El juego antropofágico de posesión, de un discurso por otro, se articula en *El mar de las lentejas* a través de una narrativa que describe, detalla, recuenta, reitera, documenta, copia y transforma, en un afán de apropiarse de esos discursos fundadores para cancelarlos como autoridad y mito porque éstos, lejos de descubrir el origen de la latinoamericanidad, la encubren.

En la novela de Benítez Rojo el discurso de la historia se presenta como un acontecimiento manipulado por el deseo: un discurso multifacético de muchas voces en el que se manifiestan los motivos del deseo que lo manipula. Pero, a la vez, ese discurso es el objeto deseado. El escritor amanuense quiere controlar el discurso del Otro, (Padre y “logos”) el colonizador, la autoridad, para manipularlo, hacerlo suyo, apropiarse de él y transformarlo. Y así crear, con la re-escritura, otro discurso también manipulado por el deseo. Es un juego caníbal (sutil eco de Calibán en el Caribe)²² que se nutre del Otro a la

²¹ Entrevista.

²² Ver el ensayo de Fernández Retamar, “Calibán”.

vez que se rebela contra él y lo suplanta. Se puede argüir que el acto de narrar en *El mar de las lentejas* es un juego parricida del mestizo contra el padre que lo nombra, aquél que ilegítimamente, y a la vez legítimamente, le cede, a la misma vez que le roba, su identidad en un acto de autori(ci)dad, de usurpación y desplazamiento que aliena al nombrado de sí mismo.

La propia re-escritura de textos históricos en *El mar de las lentejas*, al desordenar y transformar la cronología de los hechos, violenta la historia, la hace suya y la lleva de un pasado identificable hasta un presente implícito y ambiguo, que es el presente del escritor. Es simbólico que sean un mestizo y un mulato los que se rebelan contra el amo (padre) dictador. Antón muere asesinado por un joven nitaíno de ojos verdes; también don Cristóbal Ponte, después de haber decidido unir su profesión de prestamista con la de negrero, muere por la “sorpresiva y oscura puñalada” (55) de “un paje de ojos de aceitunas, hijo de negra y portugués, a quien [Ponte] llamaba Estebanico” (56).

Contiguo al doble juego de sub-versión histórica que ya hemos visto, en la novela de Antonio Benítez Rojo ocurre otro desplazamiento metafórico cuyas posibilidades de lecturas propone otra lectura más igualmente alegórica. El nuevo comienzo que propone la novela con la entrada de Hawkins al Caribe, articula otro fraude de la historia. La muerte del Rey y la venganza del mestizo coinciden con la entrada de un nuevo sistema de producción que, como en un principio, surge directamente del deseo y de la codicia del hombre por la tierra (ente femenino) como medio de poder económico, de abundancia y de placer. En el caso de Hawkins, la atracción del marino inglés por la hija de Ponte, Inés, es un deseo frustrado que acaba desplazándose hacia las islas de las Antillas. Tierra y mujer, aparecen de nuevo juntamente acopladas en una misma coyuntura libidinosa en torno a América. La tierra por conquistar se abre ante los galeones que la penetran y poseen. La naturaleza física del Caribe se funde y confunde con los ojos verdes, aceitunados, del primer mestizo y del primer mulato, mientras que las islas del Caribe se perciben como “perlas verdes” bañadas por las olas “esmeraldas” del Mar de las Antillas. Objeto de lujuria y codicia, la imagen voluptuosa de una tierra virgen que le sirve de lecho de muerte al soberano fantoche Antón Baptista, viene a desplazar, para Hawkins, a la mujer deseada, Inés. Camino al Caribe, “Hawkins, desde el puente de Salomón, recordaría una vez más a Inés, desearía una vez más a Inés; comprendería que ella, en lo adelante, sería su dueña en los caminos del mar, de los abismos” (295). Para Hawkins,

Cada gemido del cordage, cada gemido del botalón, cada gemido de las cuaderñas, cada gemido de los tablones hacían brotar a Inés echada de bruces, su grupa como una seta carnosas, lívida, lanuda, hinchada de tósigo, que daría botes y tumbos entre sus rodillas hasta lanzarlo a volar, desasido, vertiginoso, en volteretas, el mundo escapando, cayendo, mares y tierras perdiéndose como una moneda arrojada a un pozo, el miedo agrio y helado en la garganta ... cada barranca de espumas, cada sumidero de relámpago en la noche, cada remolino en la marejada, cada piélago insondable de estrellas o burbujas lo haría naufragar en líquidos turbios, penosos, hundirse en Inés como un remo agonizante, agobiado de cieno y de racimos de lapas, enredado de sargazos podridos, de cangrejos muertos, de lancerantes pólipos de medusas ... (297).

Al llegar a Adeje y tomar el camino de las Antillas, Hawkins descubre que no sólo “Inés no estaba” (297), sino que nunca había sido suya; que nunca más la volvería a ver porque estaba casada, y había estado casada, con el marqués de Lanzarote; que aquel idilio al que lo sedujera Inés había sido una trampa, “un arpón lanzado por don Pedro [Ponte]

... para allegarlo a sus planes; [...] pero su sonrisa de hiel cobraría poco a poco otra embocadura, otro rumbo [...] Quizá Hawkins pensara, con aquella codicia cínica y rampante de los miembros del Club de Guinea que a fin de cuentas él no era el único engañado, que no importaba quién fuera el burlador o el burlado porque habría de embolsarse para siempre el recuerdo de Inés, y, sobre todo, el derrotero que le abría las puertas de aquel Mar de las Lentejas en cuyas aguas espejeantes ya se adentraban sus barcos (301).

En *El mar de las lentejas* vida y muerte, encuentro y pérdida, tesis y antítesis se cancelan en discursos unívocamente dobles. América es doblemente vida y placer, pero también muerte y fraude. No es azar que la muerte de Antón coincida un capítulo después, aunque los separe un período de más de medio siglo, con el de un soberano absoluto que también muere, no en América, sino *allá* en San Lorenzo del Escorial, igual que Antón, también abandonado y traicionado por la historia y defraudado por el mito. En la Española, desposeído y burlado, Antón Baptista,

... rezagado en lo hondo de un imprevisto y tupido vallezuelo; sediento, resollante, abriéndose paso por entre enredaderas y bejucos, llegó al claro de un ojo de agua y enseguida se tendió a beber; (273)

El violador despojado de sus bienes y derechos, buscaba de nuevo saciar su sed, pero ahora en un vallezuelo “tupido”, espacio metafóricamente femenino, al que Antón llegó “sediento”, y en el que, una vez que sació su sed, murió asesinado como el mitológico Acteón, el cazador cazado (flechado) convertido en venado (presa), objeto de caza, por su propia transgresión contra la mujer [Diana] transformada en la novela de Benítez Rojo en una isla-mujer que se venga a través de su hijo, desplazando la ejecución del castigo, otra vez, como en el caso de Miguelillo, a mano del mestizo criollo: Antón llega a

un hermoso paraje, pues las campanillas azules y las flores rojas de la madre de cacao le daban al aire un zumbido apacible, cadencioso, tornasolado; al levantar la cabeza, ya calmada su sed, se halló rodeado por una partida de indios alzados, al frente de la cual parecía estar un mozo de pupilas verdes y rostro pintado a la manera de los nitaínos; con una mano asió la ballesta pero ya era demasiado tarde: sintió el lacerante tizón de las flechas hundirse en su espalda y clavarle los pulmones a la tierra, y sólo le quedó aliento para pedir perdón a Dios y maldecir a los Reyes (273).

En *El mar de las lentejas* la historia se vuelca violentamente contra sus personajes, del mismo modo que la sub-versión novelada violenta la historia desenmascarándola con el error, el desplazamiento, y la usurpación repetitiva de un signo por otro. Otra instancia de ese juego textual la encontramos en la imagen de las “pupilas verdes” del joven mestizo,

color que se repite en la novela en torno a las Antillas, y que coincide con el de la naturaleza tropical de esa región. El error está en que sólo el iris del ojo tiene color. Las pupilas sólo pueden ser verdes metonímicamente ya que “pupila” es el nombre que denomina un pequeño abismo, un orificio sin color a través del cual se tiene acceso visual a la realidad física, a lo sensorial y a lo objetivo. El desplazamiento de iris por pupila propone la repetición de un error simbólico con el que se establece una equivalencia literaria entre “los abismos” del mar en los que viaja Hawkins pensando en Inés-islas, la mirada del mestizo y el paraje, simbólicamente femenino, del verde y libidinoso “ojo de agua” donde muere Antón: El pequeño abismo de la mirada mestiza está, por analogía, vinculado al ojo de agua seductor, al mar, y a la imagen de un Caribe “verde” voluptuoso, renaciente y canibal. El momento en el que la flecha del joven hijo de pupilas verdes atraviesa el pecho de Antón-Acteón-padre y lo clava a la tierra-selva (isla-mujer) en el bucólico paraje de un vallezuelo junto a un ojo de agua, el juego de desplazamientos que ofrece el texto de Benítez Rojo en Antón-Acteón-Antonio-Antonia, propone también la figura de un Narciso-escritor-historiador cuyo rostro se refleja en el texto de su escritura y cuyo nombre implícito desplaza al de sus personajes para evocar el mito de Edipo, mito que, en las Antillas, está vinculado al concepto de descolonización. El nombre que se disemina en múltiples otros nombres coincide implícitamente con el acto de resistencia de una flecha-pluma con la que el hijo rebelde intenta rectificar el error que lo crea y define. En la novela de Benítez Rojo, la conjunción (y con-fusión) de estas múltiples imágenes, flechador-flechado, o la doble imagen —que evoca los *Versos sencillos* de José Martí— de un “(s)ciervo herido” “que busca en el monte amparo”,²³ junto al agua, en el verdor de la naturaleza que se refleja y coincide con los ojos de un joven mestizo nativo de una isla antillana, recodifican la antítesis de un “anochecer” imperial, en la imagen de “Aurora”: la vaga esperanza de un amanecer que se articula en el grito sordo del flechazo que el hijo de Antón/Acteón/Antonio/Antonia lanza contra la propia historia que lo devora.

No es gratuito que en el texto de Antonio Benítez Rojo el único personaje totalmente ficticio de la novela se llame Baptista (Bautista), que éste conciba a su hijo entre las cañas de un río, que sea él el que bautice a su propio hijo, y que sea él quienes muera flechado por su propia creación junto al agua en una isla de la Antillas. La inmersión en el agua, encontramos en el diccionario de símbolos de Cirlot, representa la muerte y la vida, la sepultura y la resurrección; con ese acto, “el hombre viejo resulta inmerso y enterrado [mientras que] el hombre nuevo aparece súbitamente” (55) y lo desplaza. En este “simbolismo general de las aguas” (55), esa muerte con la cual se producen “nuevos estados cósmicos” (55) “afecta sólo al hombre natural, mientras que el nuevo nacimiento es del hombre espiritual” (55). En *Le Transformationi* de Ludovico Dolce —añade Cirlot— vemos un místico personaje inclinándose hacia el espejo tranquilo de un estanque, como figura opuesta a la del cazador maldito, siempre en busca de su presa” (55). El símbolo de las aguas en momentos de concepción, bautizo y muerte, evoca el fluir de la vida en semen, savia, leche y sangre: “principio y fin de todas las cosas de la tierra” (54), el fin de un orden y el comienzo de otro. Como símbolo del inconciente, las aguas (río, poceta, mar) vinculada

²³ “Mi verso es de un verde claro/ y de un carmín encendido/ mi verso es un ciervo herido/ que busca en el monte amparo” en *Versos sencillos*, #V, 6.

a lo femenino (tierra-mujer-isla-selva) proponen un complejo discurso de deseo y de poder que, en *El mar de las lentejas*, se confunden con la imagen de un “vallezuero” simbólico, según Cirlot, de un lugar de encuentro y pérdida, de fraude y de esperanza. Desde esta perspectiva, se puede deducir que en *El mar de las lentejas* el ojo de agua es ese espejo, escritura y lebrillo, en el que se contemplan escritor y lector para contemplar su historia.

En *El mar de las lentejas*, las islas de las Antillas se traduce en la imaginación del colonizador, del mercader, del rey y del soldado a pie, en el verde de la esperanza: de un futuro acogedor, lleno de ese placer que sirve de escape a lo inglorioso vivido. Placer que se traduce, en el conjunto de los episodios narrados, en las diferentes modalidades que el deseo de liberación, vinculado al del poder, ha producido en la historia del Caribe. Para el español, “Aquellas islas remotas, crecidas de las olas como perlas verdes” (85), se les antojaba ser del mismo color sensual de las frutas, “de un verde intenso y húmedo, salpicado aquí y allá del verde de los limones maduros, del verde centelleante de las esmeraldas, del verde casi negro del limo, del verde tierno del almendrán, del verde dorado de las naranjas levantinas” (84) según imagina el Almirante en su segundo viaje, para convertirse más tarde en la imaginación de Cristóbal Ponte, en un cuerpo utópico y sensual: “las Indias, América, como se llamare, donde los negros se pagaban con bolsas de perlas y barras de plata, donde las costas eran tan dilatadas y mordidas de recovecos el Nuevo Mundo, allá, en el poniente, se dejaba leer como una auspiciosa palma de doncella” (58).

La tierra verde de las Antillas, como el verdor de la mirada mestiza, es el objeto codiciado libidinosamente vinculado al poder, pero también es el espacio que ofrece libertad y cimarronaje, el espacio del deseo, de lo prohibido, en fin, de aquello que se quiere poseer, se intenta tener, pero que al final de cuentas no se puede porque siempre se escapa. Visto en esos términos, la imagen del Otro en la novela de Benítez Rojo es el discurso de la Gran Historia, un discurso epopéyico enmascarado que, como un gigantesco nombre erróneo, descubre y encubre los orígenes inciertos de la latinoamericanidad.²⁴

En *El mar de las lentejas*, la verdad de los textos fundadores se desplaza del acto de enunciación hacia el enunciado mismo (Foucault, *El orden...* 16) para, a su vez, señalar que ese enunciado no es el discurso unívoco de la verdad, sino de muchas verdades y de muchos discursos que se entretienen; y que esa verdad, que de algún modo ha callado la historia oficial, ha quedado siempre enmascarada a través de todos los siglos por el propio discurso de la verdad que la encubre (19-20). Es por eso que hoy, para el escritor seducido por una inexplicable pasión de historia que ha marcado la literatura latinoamericana del siglo XX, la re-escritura propone la posibilidad de darle voz, otra voz, a los mismos documentos para,

²⁴ Observa Foucault que en nuestros días, “... las regiones en las que la malla está más apretada ... son las regiones de la sexualidad y las de la política: como si el discurso, lejos de ser ese elemento transparente o neutro en el que la sexualidad se desarma y la política se pacifica fuese más bien uno de esos lugares en que se ejercen, de manera privilegiada, algunos de sus más terribles poderes. El discurso, por más que en apariencia sea poca cosa, las prohibiciones que recaen sobre él, revelan muy pronto, rápidamente, su vinculación con el deseo y con el poder. Y esto no tiene nada de extraño: ya que el discurso —el psicoanálisis nos lo ha mostrado— no es simplemente lo que manifiesta (o encubre) el deseo; y ya que —esto la historia no cesa de enseñarnoslo— el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o lo sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse” (12).

desde otra perspectiva, reinventar la historia como una suerte de acto parricida que desvirtualiza e ilegítimiza el discurso patriarcal de esa Gran Historia en la cual el escritor es también un personaje más.

No es gratuito, por lo tanto, sino significativamente simbólico, el que *El mar de las lentejas* comience con la muerte del rey a finales de siglo, acontecimiento singular que se pospone hasta el final de la novela, para coincidir, precediéndolo por un capítulo, con la muerte de Antón Baptista. Y que la novela se cierre con ese tipo de apertura mercantilista que se sugiere con la entrada de John Hawkins al Caribe en buques cargados de esclavos: fin de una era y principios de otra en la que se repiten las estructuras síquicas colectivas que producen la opresión política y económica de los pueblos. No es gratuito tampoco que en este desbarajar de la cronología histórica en la novela —una suerte de disolución de la historia— la historia novelada se cierre con una apertura implícita a través de los pensamientos de un Hawkins burlado, precisamente en el momento en el que éste desplaza su deseo frustrado por la mujer, Inés, hacia las islas del Mar de las Antillas. Y tampoco es gratuito que la entrada histórica de Hawkins no se realice en la novela, sino que quede suspendida ante la expectativa de un futuro prometedor para la codicia del comerciante. El objeto deseado se desplaza y el hombre defraudado, Hawkins, Antón, Antonio, se convierte en defraudador de la historia. En *El mar de las lentejas*, hay un cambio constante de desplazamientos hacia un fin jamás alcanzado, una aspiración hacia una finalidad ilusa, el fraude de la palabra en la historia, que pone en movimiento la transformación de la escritura y de sus imágenes.

En fin, en *El mar de las lentejas*, el juego del desplazamiento, el equívoco, el azar, lo irracional, se cueban en los discursos que justifican la autoridad y el poder en la historia del Caribe, de América y de Occidente. Contra esa autoridad y ese poder que el pensamiento de Occidente le ha otorgado a la historia, se rev(b)ela un escritor-personaje que, en el Caribe, ha quedado suspendido por la historia que escribe —y que a su vez lo escribe a él— sobre el abismo verde de un mar antillano; vapseado por esa misma historia que cuenta, a la deriva en “una espesa sopa de signos”,²⁵ de códigos e ideologías que lo seducen, lo definen, lo alienan y lo defraudan; en un oleaje rítmico entre un allá y un acá cuyo origen es sólo un vago recuerdo imaginado desde un presente atrapado en una madeja de discursos que oscilan entre la seducción del poder y el deseo de libertad.

OBRAS CITADAS

Álvarez Álvarez, Luis. “*El mar de las lentejas*: historia, acción y personajes”. *Casa de las Américas*, 116 (1979): 150-155.

Benítez Rojo, Antonio. *El mar de las lentejas*. Barcelona: Plaza y Janés, Editores, 1984. (Primera publicación: La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1979).

²⁵ *La isla que se repite*, iii. Con esta metáfora, Benítez Rojo se refiere al complicado “abigarramiento y densidad” de códigos caribeños que hace que esta región de América quede “fuera del alcance de cualquier disciplina en particular y de cualquier investigador individual. Se ha dicho muchas veces —añade Benítez Rojo— que el Caribe es la unión de lo diverso, y tal vez sea cierto. En todo caso, mis propias relecturas me han ido llevando por otros rumbos, y ya no me es posible alcanzar reducciones de tan recta abstracción” páginas ii-iii.

- _____. *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Ediciones del Norte, 1989.
- Bost, David. "History Writing Fiction: Rediscovering America in *El mar de las lentejas*". *Secolas Annals*. Vol XX (March 1989): 30-39.
- Cebriá, Beleguer. *Felipe II, en sus dominios jamás se ponía el Sol*. Madrid: Ediciones Anaya, 1988.
- Chanca, Álvarez. "Second Voyage of Columbus". *Select Letters of Christopher Columbus with Other Original Documents Relating to His Four Voyages to The New World*. London: Hakluyt Society, 1847.
- Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Editorial Labor, 1988.
- Ehrenberg, Richard. *Capital and Finance in the Age of the Renaissance*. (Traducido del alemán por H. M. Lucas). New Jersey: Augustus N. Kelly, Publishers, 1928, segunda ed. 1985.
- Entrevista de David Bost y Julia Cuervo Hewitt con Antonio Benítez Rojo, Vanderbilt University, 1987.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán y otros ensayos. Nuestra América y el mundo*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1979.
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets Editores, 1980.
- _____. "Nietzsche, Genealogy, History". *Language Counter-Memory, Practice. Selected Essays and Interviews*. Ithaca, New York: Cornell University Press, 1977.
- Fuggers News-Letters, The*. Freeport, New York: Books for Libraries Press, 1970. Facsímil del 1926.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Temas Dominicanos*. Santo Domingo: Manuel Arturo Peña Batlle, 1988.
- Lacarta, Manuel. *Felipe II. La idea de Europa*. España: Silex, 1986.
- Las Casas, Bartolomé de. *Historia de las Indias*. Ed. de Agustín Millares Carlo. México: Fondo de Cultura Económica, 1951.
- Lyon, Eugene. *Pedro Menéndez de Avilés and the Spanish Conquest of 1565-1568*. Gainesville: The University Presses of Florida, 1976.
- Markham, Sir Clements, R. *The Hawkins Voyages During the Reigns of Henry VIII and Queen Elizabeth*. London: The Hakluyt Society, 1878.
- Martí, José. *Obras completas*. Vol. II. La Habana: Editorial Lex, 1946.
- Matthews, George T. *News and Rumors in Renaissance Europe* (The Fugger Newsletters). New York: G. P. Putnam's Sons, 1959.
- Moya Pons, Frank. *La Española en el siglo XVI, 1493-1520*. Santo Domingo: Editora Taller, 1978.
- Sanz, Carlos. *El nombre de América. Libros y mapas que lo impusieron*. Madrid: Librería General Victoriano Suárez, 1959.
- Stone, Elaine Murray. *Pedro Menéndez de Avilés and The Founding of St. Augustine*. New York: P. J. Kennedy and Sons, 1969.